

LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
ARTISTICO

1875.

E. DEL SOLAR.



4 RS.

DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENSI.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. 12.

Madrid 29 de Junio de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION

En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

RELACIONES Y ARMONÍAS

ENTRE LA NATURALEZA DE LOS IDIOMAS Y EL CARACTER
DE LOS PUEBLOS.

El *Korani* fijó el idioma árabe: al determinar la índole de civilización, determinó el génio de la lengua: hizo de Damasco la escuela ó academia encargada de conservarla en toda su pureza, y empleando los puntos *diacríticos* y las *mociones*, fué mucha parte para que por falta de uso no se perdiesen. Nacen casi al mismo tiempo las escuelas de Kufa y de Bassora, y son otras nuevas y celosas depositarias del tesoro del idioma para que nunca pueda confundirse en el intrincado laberinto de los cien dialectos asiáticos y africanos. Tanto en el lenguaje del *Korani* como en el de los cantos poéticos, donde el dogma, los sentimientos y las pasiones se muestran en toda su claridad y fuerza, es donde precisamente debemos buscar el carácter del pueblo árabe.

¿Es guerrero y vehemente en sus afectos? Sus imágenes son hiperbólicas y valentísimas: su vigorosa expresión vibra concisa y enérgica: tiene la rapidez de la flecha que parte al blanco: su frase está libre de toda ambigüedad, por la acertada teoría de sus pronombres; la

idea primitiva está como fundida en la radical de la palabra, y las letras preformativas ó aformativas sirven para distinguir sus diversas relaciones. ¿Es entusiasta de la armonía, variedad y riqueza de formas? La recitación de sus poemas es muy diferente de la de todo poema europeo. Allí no se recita; se canta. La entonación tiene lánguidas y suavisimas notas para la súplica, ecos entrecortados y melodiosos para las querellas de amor, voces que asemejan rugidos para el combate. Antár, el poeta favorito del pueblo, es terrible en su cántico de guerra; mientras que Aben Tamin y Abu Nuesi tienen algunos puntos de semejanza con nuestro Rioja en la dulzura y delicadeza, y sus composiciones á la *Violeta*, á la *Flor del Almendro* y al *Narciso*, nos traen á la memoria las que el vate sevillano dedicó á la *Rosa*, al *Jazmin* y á la *Arreholera*.

Respecto á la riqueza de expresión, nada hay comparable á la suya: tienen centenares de voces para las cosas más notables, y frecuentemente una misma composición, según se lea de derecha á izquierda, de izquierda á derecha, dejando en claro las líneas pares ó las impares, ó con otras combinaciones, tiene dos, tres y aun cuatro sentidos, resultando tres ó cuatro composiciones á objeto totalmente distintos por este juego de ingenio muy común entre los poetas árabes. Hasta la misma forma de las letras de su *abugied* ó abecedario es tan

elegante y airosa, que con ellas hacen comparaciones para expresar la belleza de los objetos: en las canciones populares se encuentra muchas veces esta frase: «su talle tiene la graciosa ondulacion del *noung* (1).» Finalmente, á cada paso se descubre la analogía de su idioma con su carácter social, y me extenderia más de lo conveniente, si diera libertad á la pluma para seguir bosquejando esta semejanza.

Veamos lo que sucede con el griego. Al pasar la civilizacion á Europa, establece su imperio en Grecia. La Península helénica, centinela avanzada del Mediterráneo hacia la parte de Oriente, parece dilatarse en el mar, destacando del continente las innumerables islas de su archipiélago, para recibir la idea civilizadora que en los primitivos tiempos de la historia recorrió el universo habitado, siguiendo como el sol la direccion del nacimiento al ocaso. Desde el famoso monte Olimpo de la Tesalia hasta el promontorio Acritas de la Mesenia, cortada en sus costas por la multitud de golfos, en su interior por montes y rios, presentaba en su conformacion geográfica señales evidentes de su futura constitucion política. El territorio, separado en mil partes por límites naturales, parecía aconsejar la division á sus pobladores; así como las inmensas llanuras de Asia facilitaron la reunion de cien y cien provincias bajo un mismo cetro.

La raza helénica, en efecto, al esparcirse por la Península, establece gobiernos distintos, ya coligados para un mismo fin, como en la lucha contra Persia; ya rivales y enemigos, como en la guerra civil del Peloponeso. La Tesalia, Beocia, Eolia, Dórica, Jonia, Atica, Laconia y demás comarcas, tienen su historia y sus glorias particulares, que juntas todas constituyen la historia y el lustre de Grecia. Con la diversidad de estados políticos, que en casos dados forman uno solo, véase la diversidad de dialectos de cuya union resulta el idioma griego.

El *eólico*, propagado despues á algunas colonias del Asia menor y á la isla de Lesbos, tiene por representantes á Safo, Corina y Alceo: el *jónico*, propio de la Jonia de donde toma su nombre, extendido por casi toda el Asia menor y por las islas de Samos, Chio, Nicaia y Andro, se inmortaliza en los profundos trabajos del padre de la medicina y en las liras del fogoso Tirteo, el placentero Anacreonte y el eterno Homero; el *dórico* vive con Píndaro, Stesichoro y los bucólicos Teócrito, Bion y Mosco: y el *ático*, el más perfecto de todos, se ilustra con el filósofo Platon, los historiadores Jenofonte y Tucídides, los trágicos Sófocles y Eurípides, el cómico Aristófanes y los oradores Isócrates, Esquines y demóstenes.

Todos estos dialectos, sólo diferenciados entre sí por ciertas modificaciones occidentales, por el uso predilecto de algunas letras, por ligeras inflexiones de nombres ó verbos, ó por giros y locuciones propias de cada comarca, llevan un mismo sello de elegancia, riqueza y armonía, como las constituciones de los diversos esta-

dos en que florecieron ostentan igual carácter de independencia y libertad, de variedad y atrevimiento.

Algunos escritores fundándose en que la poblacion de la Península griega fué debida á sucesivas emigraciones de colonias egipcias, asiáticas, escíticas, pelásgicas y helénicas, que, abandonando sus respectivos países, vinieron á establecerse en ella, han supuesto ligeramente que los tales dialectos más bien debieran de llamarse lenguas especiales, pues sus diferencias eran mayores de las se separan á los propiamente llamados dialectos. Esto es un error; la historia enseña con repetidos ejemplos que al ocupar un mismo país varios pueblos, los rasgos particulares van desapareciendo hasta que un carácter general los comprende á todos. Así sucedió en Grecia: por lo cual ¿cómo han de poder llamarse lenguas especiales aquellas cuyo caudal es el mismo, cuyo sentido se comprende sin particular estudio y cuyas variantes sólo son modismos ó *provincialismos*? Y además, ¿cómo pudieran fundirse en una sola, cual aconteció en tiempo de Alejandro el Grande, en que el *ático* predominó apellidándose (*ἡ κοινὴ διάλεκτος*), *dialecto comun*, conservando á pesar de esto los poetas el de sus modelos, sin perjuicio de que fuesen sus obras leídas y entendidas por todos los griegos? La doble gamma ó *digamma*, el *espíritu* ó nota suave en vez de la fuerte ó áspera, el cambio de algunas labiales y diptongos, la particular desinencia de nombres y verbos con otras insignificantes variaciones en el eólico; el *alfa* predominante; la frecuente (*omega*) sustituyendo al diptongo *ov*; la modificacion ligera del verbo, señaladamente en el futuro medio del dórico; la dulzura delicadísima, propia así del jónico antiguo como del moderno, ya la veamos en Homero y Hesiodo en el primer caso, ya en Anacreonte y sus imitadores en el segundo; la forma contracta, la claridad y fuerza del ático, de ningun modo son causa bastante para juzgar á estos dialectos principales tan desligados mutuamente, que puedan ser considerados como otros tantos idiomas.

(Se continuará.)

NARCISO CAMPILLO.

ALGO SOBRE PANTALONES.

Tenia que escribir un artículo, era un compromiso, no podía prescindir de hacerlo. Los crueles en vez de decirme, escribe sobre tal cosa, dejaron el asunto á mi eleccion. ¡Una ideal...! ¿En dónde se encuentra una idea?... Por más que me apretaba la frente no salía nada, era como un limon sin jugo, ¿que hacer? Quizás girando á mi rededor hallaré lo que me falta, me dije; é hice rodar un poco mi sillón.

Mi habitacion era espaciosa, y á mi izquierda, rasgando el muro, una ancha ventana me permitia contemplar el paisaje. Era en el mes de Mayo, y la tierra y los árboles se habian vestido con sus galas de primavera. Una parra espesa dejaba apenas penetrar en mi cuarto una luz misteriosa. Más allá veia grupos de pi-

(1) Letra equivalente á nuestra *n*.

nos y sicomoros formando islas en medio de un mar de grama y margaritas; despues un rio que siempre murmuraba retorciéndose como una sierpe gigantesca á través del valle, y más lejos, limitando el horizonte, montañas cubiertas por la verdura entre la que resalta-ba de vez en cuando una peña monstruosa y descarnada, los blancos muros de alguna casita o la aguja de una iglesia.

No sé si la poesía monótona del paisaje, ó el canto cadencioso de un ruiseñor oculto entre la parra, ó mi estado débil y un tanto enfermizo, ó todo ello á la vez, me hizo entornar los ojos y poco á poco fui perdiendo el conocimiento de lo que me rodeaba. Buscando un asunto para un escrito habia encontrado un sueño profundísimo.

Y soñé.

Toda la Europa se hallaba en una agitacion inconcebible, habia un trastorno colosal en todas las naciones civilizadas. La sociedad se habia visto á pique de perecer, y hubiera perecido á no ser por la prudencia y sabiduría de unos cuantos seres privilegiados, los cuales á fuerza de razones y de consejos habian logrado calmar á las multitudes. Se trataba nada ménos que de una declaracion de derecho entre dos partes, los hombres por un lado y las mujeres por el otro: la cuestion era ¿quiénes deben llevar los pantalones?

Esta crisis violenta habia sido provocada por un artículo muy erudito, escrito por un sabio dinamarcués, en el cual probaba que habia sido mal interpretado el Génesis, porque allí donde dice que la mujer fué hecha de una costilla del hombre, debe leerse que el hombre fué hecho de una costilla de la mujer. Este artículo traducido á todas las lenguas fué leído, devorado por el sexo femenino que empezó á clamar contra el hombre por la usurpacion, el robo que este habia hecho de su privilegio. Era claro como la luz, no siendo produccion de la costilla del hombre, sino éste de la costilla de la mujer, habia tocado á la mujer desde la creacion del mundo el llevar los pantalones.

Los hombres, aunque abrumados bajo el peso de esta lógica terrible, no consentian en someterse á tanta humillacion, y como las mujeres no cejaban en su exigencia, se agriaron las cosas de manera que unos y otras iban á venir á las manos, pero logró impedirlo la intervencion oportuna que he citado antes.

Como ningun razonamiento fué bastante poderoso para hacer desistir á las mujeres de lo que reclamaban, los sabios de todas las naciones se dirigieron á los hombres á los cuales tanto dijeron y con tales argumentos que al fin éstos sino convencidos, deseosos de poner un término á situacion tan anormal, cedieron condicionalmente su derecho á las mujeres, á título de ensayo, para ver si la humanidad ganaba alguna cosa en el cambio.

Hecha la paz, cada marido dió los pantalones á su mujer, el hermano á su hermana, y vióse á los hombres vestidos dentro de un mar de tela y á las mujeres con el estrecho traje masculino. Lo único que quiso conservar la mujer fué el moño, el *chignon*, como una de sus conquistas más preciosas. El hombre dejó crecer

su pelo, pero nunca llegó á tener más que una trenza crespa y corta.

Como era natural, cambió en España por completo el personal en la administracion del Estado. En ministerios, tribunales y en cuantas partes el hombre habia ejercido algun cargo, no se veia más que á mujeres. Hubo elecciones hechas por electoras, y las señoras diputados y senadores hicieron resonar las Cámaras con su voz argentina y elocuente; y, como siempre sucede, porque habia muchas ambiciosas se crearon otros tantos partidos políticos que se disputaron la gobernacion del Estado. En vez de ejército regular se creó una milicia nacional la que se juzgó suficiente para el mantenimiento del orden público y la defensa, en caso necesario, de la patria en peligro. Y era digno de ver con cuanto entusiasmo hacian el ejercicio las ciudadanas y aprendian el manejo de las armas.

No terminaria nunca si fuese á contar todos los cambios, trasformaciones y reformas que tuvieron lugar en España, por lo cual pongo aquí punto por ahora y paso á hablar de mi humilde persona.

Yo entretanto,—¡cosa extraña!—era joven, tenia veintidos años y era hijo de familia. Vestia con sencillez y elegancia y era un tanto *coqueto*, no mucho, lo necesario para agradar sin dar que decir á nadie. Mi deseo, mi mayor aspiracion era que me tocara en suerte una buena esposa que me amase y me protegiese. Alguna joven calavera me cortejaba paseándome la calle y enviándome cartitas perfumadas por medio del criado, pero yo era muy prudente y sobre todo mi pecho palpitaba más de lo regular cuando veia á una vecina del piso principal de mi casa. Se llamaba Luisa y era muy linda. En calidad de vecinos mi familia y la suya se visitaron, así pude descubrir con alegría que yo no la era indiferente.

Luisa tenia un hermano más joven que yo á quien acababan de poner de largo, simpatizamos y desde entonces nos veíamos todos los días ya en su casa, ya en la mía, pero confieso que yo hacia todo lo posible porque fuese en la suya, porque así tenia la ocasion de ver y conversar con su hermana.

He dicho que Luisa era preciosa, pero no he hecho mencion de su extremada timidez, sobre todo conmigo; esto me ponía de mal humor porque veia que á aquel paso iban á pasar diez años sin que jamás se atreviese á hacerme la declaracion que yo tanto anhelaba.

No sé si por la preocupacion que esto me ocasionaba ó por cualquiera otro motivo, caí enfermo con unas calenturas que me retuvieron en la cama más de un mes. Durante este tiempo ví á mi familia preocupada, la oia hablar en voz baja y algunas veces se pronunciaron delante de mí frases interrumpidas siempre por una ojeada que al parecer queria decir: silencio, no es este el momento oportuno para ocuparse del asunto.

Por fin me restablecí, recuperé mis fuerzas y pude salir de mi habitacion. Mi primera idea fué el ver á Luisa, en quien no habia cesado de pensar durante mi enfermedad, y sin comunicar á nadie mi propósito, me vestí con decencia, y despues de mirarme al espejo para ver si me habia desmejorado mucho la fiebre, salí

de casa, bajé las escaleras y llamé en el cuarto principal. Un criado abrió la puerta, le pregunté por mi amigo, pero como no sabía decirme si se hallaba en casa ó nó, entré para averiguarlo por mí mismo y me dirigí á un gabinete en donde casi siempre le veía ocupado en alguna labor.

Abrí la puerta y me encontré de manos á boca con Luisa, la cual con el sombrero de copa alta puesto y el bastoncillo en la mano iba á salir al mismo tiempo que yo entraba. La joven tosía hasta saltársele las lágrimas y la culpa la tenía el cigarro de papel que estaba fumando. Aquellos lábios tan sonrosados no se habían hecho para el tabaco, pero sin duda amigas burlonas habían criticado su falta de *fortaleza* y trataba de vencer su repugnancia. Quise librar á Luisa de aquel tormento y la rogué que no continuase fumando; ella, creyendo que me disgustaba el humo del tabaco, fué tan galante que arrojó en seguida el cigarrillo por el balcón.

Luisa me informó que su hermano no estaba en casa; había salido con su padre para hacer visitas. Yo al oír esto, hice un movimiento como para retirarme porque el decoro no permitía que permaneciese á solas con ella, pero la joven me cogió una mano que yo no tuve la fuerza de retirar y me rogó encarecidamente que descansase un rato, unos cuantos segundos solamente, antes de marcharme. ¿Qué había de hacer? Era débil y consentí en quedarme. Me senté en un sofá palpitándome mucho el corazón porque se me figuraba que había llegado el momento decisivo.

Luisa, colorada como una amapola, se sentó á mi lado en una silla. Yo bajé la mirada con mucho recato y esperé á que me hablase; pero esto no impedía que la viese con el rabo del ojo y me enterase de su confusion extremada en aquellos instantes tan críticos. Guardó un penoso silencio durante algun tiempo, y por fin, haciendo un esfuerzo desesperado, me dijo:

—¿Qué calor hace hoy! ¿No es cierto?

Me mordí los labios con despecho. Por un momento había creído que vencía su timidez; pero aquella salida sobre el calor echó por tierra todas mis esperanzas; tentado estuve de levantarme y partir sin contestar.

Otro período de silencio siguió al primero, y como si se hubiese propuesto atormentarme, me preguntó Luisa:

—¿Qué opina usted de la guerra?

—¿De qué guerra? dije con sequedad.

—¿Cómo! ¿No sabe usted que estamos muy amenazados?

—No sé de qué me está usted hablando.

—¿Es posible que le hayan ocultado á usted lo que pasa? me dijo Luisa asombrada.

En efecto, por temor sin duda de que la noticia influyese con daño en mi enfermedad, nada me habían hablado de los acontecimientos importantes que tenían lugar entonces, y de los que Luisa me hizo una narración completa. Hé aquí lo que escuché lleno de asombro de los labios de la encantadora joven.

El soberano de una nación poderosa del Asia, enterado del cambio radical que habían sufrido las instituciones sociales en Europa, y figurándose que esta

había perdido su fuerza y poderío, se propuso hacer algunas conquistas y colonizar en el Occidente. Al efecto buscó aliados y equipó gran número de navios que condujeran su ejército á la victoria. La flota se hizo al mar, dió la vuelta al Africa, y despues de tan largo viaje se presentó de improviso con gran asombro de todos á la vista de la costa Cantábrica. Como era tan numerosa pudo dividirse en dos ó tres escuadras, las cuales atacaron simultáneamente otras tantas plazas del Norte de España. En una de estas el enemigo principió su ataque con algunos disparos que la plaza contestó débilmente al empezar y de ninguna manera despues. Era que las ciudadanas que llenas de arrojo acudieran á las murallas para defenderlas, habían abandonado la empresa y temblando entraron en sus casas en donde, quitándose los pantalones, suplicaron á sus maridos ó hermanos que se los pusiesen. Se hizo el cambio de traje, y los hombres, vestidos como lo habían estado antes, defendieron la plaza y tuvieron la suerte de echar á pique algunas naves con sus certeros tiros. El enemigo, que sin duda no esperaba aquella resistencia, se alejó apresuradamente y no se le vió más. Igual resultado se había obtenido en las otras ciudades atacadas, en las cuales tambien se habían visto obligados los hombres á defenderlas.

Otra vez dueños los hombres en todo el Norte de España de los pantalones, los pasearon en triunfo por las calles y juraron no volver á quitárselos.

Cuando tan graves noticias llegaron á Madrid, toda la villa se puso en movimiento. Era tanta la agitacion que reinaba en el público, que la alcaldesa popular y la ministra de la Guerra tomaron medidas atinadas á fin de contener la revolucion que se temía. Se permitió llevar armas á todas las mujeres, y hasta se las incitaba por medio de edictos á ejercer una vigilancia tirana sobre el otro sexo al que debían castigar al menor sintoma de insurreccion; y en calles, teatros y paseos pululaba un enjambre de policía femenina armada como en Inglaterra del terrible rompe cabezas. Temía el Gobierno un levantamiento general de los hombres contra las mujeres.

Pero no era esto lo que más inquietaba al público femenino. Nadie sabía dónde se encontraba la flota enemiga desde que se alejó de las costas del Norte, y se temía un ataque inesperado en cualquier punto indefenso. Como la imaginacion corre mucho en estos casos, sobre todo la de las mujeres, se supusieron mil cosas peores las unas que las otras, y hasta hubo persona que aseguró que el enemigo había desembarcado en Portugal y se dirigía á marchas forzadas hácia Madrid. Esta noticia, inventada por el miedo, acabó de consternar á los habitantes de la capital. Los más miedosos se ausentaron, y como si esto hubiese sido la señal para arrojar por la ventana el sentido comun, las Cámaras suspendieron sus sesiones porque no concurrían á ellas diputados y senadores; en los ministerios las empleadas presentaron en masa sus dimisiones y en los cuarteles principió la insubordinacion contra las oficiales, y por fin la milicia, arrojando las armas, renunció unánimemente al servicio militar.

—¿Cuál será el resultado de todo esto? pregunté á Luisa.

—Yo soy demasiado ignorante para expresar una opinion; pero si se juzga por las apariencias, los hombres van á apoderarse otra vez de su autoridad primitiva, la cual, segun he oido expresarse á mujeres de muy buen sentido, no debió haber abandonado nunca. Antes la mujer, con su misma debilidad, ejercía tal influencia sobre el hombre, que casi puede decirse que no habia más voluntad que la suya; hoy en día los papeles se han trocado y es el hombre quien influye sobre ella. ¿Qué ha ganado la mujer en el cambio? Se puede asegurar que ha perdido mucho, y que solo ha ganado los deberes pesados y los trabajos insupportables de que se veía libre antes.

—En efecto, son mujeres de buen sentido las que han afirmado todo eso; pero quisiera saber cuál es la opinion de usted en el asunto.

Luisa no contestó á mi pregunta; pero levantándose me dijo que la excusase por un instante y me dejó solo. No tardó en volver con un envoltorio en la mano.

—Haga usted el favor, me dijo, dándome el paquete y poniéndose muy colorada; haga usted el favor de ir á su casa, ponerse esto y volver en seguida á hablarme.

Luisa, que habia empleado una entonacion particular al decirme la última palabra, volvió á dejarme solo. Abrí el paquete y comprendí lo que habia querido decirme la jóven; tenia en mis manos un par de pantalones gris perla. Corrí á mi casa, revolví las habitaciones y pude encontrar el complemento de mi nuevo traje. Los pantalones gris perla me venian perfectamente.

Cuando hube terminado mi trasformacion, volví á casa de mi vecina, en la que entré en seguida porque al salir de ella habia dejado abierta la puerta. Me dirigí otra vez al gabinete, y por un momento quedé inmóvil de asombro y de emocion; de asombro, porque vi á Luisa que se habia vestido con un traje de su hermano y parecia cien veces más bella que antes; de emocion, porque sus ojos me decian con elocuencia que esperaba de mí que me atreviese á decirle lo que ella no habia osado decirme. No pude contenerme, y cayendo á sus piés cubrí sus manos de caricias.

En aquel momento sonó un fuerte campanillazo, que me hizo exclamar:

—¡Vaya al diablo quien viene á interrumpirnos!

Me habia puesto en pié, y bajando la vista observé que llevaba puesto un pantalon negro.

—Pues no acabo de ponerme el pantalon gris perla? me pregunté. ¿Y Luisa? ¿Dónde está Luisa? dije buscándola inútilmente por la habitacion.

Me llevé la mano á la frente y comprendí.

—¡Ah, maldito artículo de encargo! Tú has sido la causa de que buscando una idea que aun no he encontrado, me haya dormido, y que la fiebre haya fingido en mi sueño tanto disparate. Tengan paciencia los que quieren el artículo; lo escribiré otro día.

YACOB.

Á UNA SEÑORA

EN LA MUERTE DE SU PADRE.

Llorais amiga: vuestra noble frente,
ayer clara y serena,
inclinan hácia el suelo tristemente
el dolor y la pena.
Llorais: respeto vuestro justo duelo,
vuestra inmensa amargura;
el llanto por un padre sube al cielo;
es la oracion más pura.
¡Padre! nombre el más santo, más hermoso,
más lleno de armonía,
más puro que el acento misterioso
de la ideal poesía;
nombre que encierra abnegacion, cariño,
que encierra amor profundo,
amor más grande que la fé del niño,
amor que no es del mundo.
¡Ah! bendecid mil veces su memoria,
calmad vuestro quebranto;
que es la muerte el umbral de eterna gloria,
el fin de nuestro llanto.
Suceda á vuestro duelo la ventura,
la hermosa fé cristiana,
como á las sombras de la noche oscura
la luz de la mañana.
¡Ah! dichoso mil veces quien se eleva
tranquilo de este suelo!
La vida es un camino, es una prueba,
nuestra patria es el cielo.

MATILDE DEL REAL.

LA ROSA ENTRE LAS ROSAS.

I.

Muy temprano vienes niña
por estos jardines bellos,
por esta oscura arboleda
por estos lindos paseos.
Llevas rosas en la falda,
llevas rosas en el pecho...
¡pobre de la hermosa niña
si la ven los jardineros!
Las rosas de estos rosales,
no robes niña á su dueño,
pues en tus mejillas tienes
rosas de color más bello,
de más virginal pureza,
de más vida, de mas precio;
ni dejes tan de mañana
la blandura de tu lecho,
la custodia de tu madre,
la dulce paz de tu sueño,
pues aunque en estos jardines
es el ambiente muy fresco,
cantan muy dulces las aves,
son claros los arroyuelos,
es todo perfume el aura
y es todo flores el suelo,
pudieran equivocarte
con las rosas los mancebos,
y alguno de ellos cojerte

y deshojarte en su seno,
*porque las niñas son flores
 que hasta las deshoja el viento.*

II.

Pero si las bellas rosas
 no son el único objeto
 por quien dejas tan temprano
 la blandura de tu lecho,
 la custodia de tu madre,
 la dulce paz de tu sueño;
 si buscas tan de mañana
 á algun gentil jardinero
 que te regala las rosas
 con que adornada te veo,
 no le busques tan temprano
 en estos jardines bellos,
 en esta oscura arboleda,
 en estos lindos paseos,
 que eres una fresca rosa
 de los jardines del cielo,
 y á los jardineros gustan
 rosas del jardín ageno.
 Eres débil, como niña
 y él fuerte como mancebo;
 ¿quién sucumbirá en la lucha,
 la niña ó el jardinero?
 Y si en la lucha sucumbes
 di ¿qué será de ti luego,
 y que de la dulce madre
 que al coronarte de besos
 te llama su luz, su gloria,
 su vida, su Dios, su cielo?
 ¡Oh, niña, torna á su lado,
 torna al abrigo materno,
*porque las niñas son flores
 que hasta las deshoja el viento.*

ANTONIO DE TRUEBA.

EDADES DEL AMOR.

En la edad infantil, Estrella mia,
 es el amor un vago sentimiento,
 que funda su versátil monarquía
 en las instables ráfagas del viento.
 Un insecto, una flor, un dije apuran
 de sus amores la afección dichosa,
 y estos amores duran... lo que duran
 el juguete, la flor, la mariposa.

En la creyente juventud, las horas
 se deslizan fugaces; todo en ellas
 es vehemencia y pasión y encantadoras
 visiones que la fé nos pinta bellas.
 Un paso más, y el aura fermentada
 del descontento los amantes lazos
 desata, y al final de la partida
 resulta... el corazón hecho pedazos.

Ya en la estéril vejez desconfiada,
 se buscan tras de afanes tan prolijos
 la casta esposa, que vivió olvidada,
 y las caricias de los tiernos hijos.

¡Amor, amor verdad! Su fuerte mano
 le dá sosten, ahuyenta sus enojos,
 y en el postrer momento del anciano
 con lágrimas de amor, cierra los ojos.

Es el amor en la infantil carrera
 ilusión, viento, nada.

Es el amor en nuestra edad florida
 la muerte de la vida.

Es el amor en la vejez inerte,
 la vida de la muerte!

TOMÁS R. RUBI.

GEOGRAFÍA.

¿Nunca has viajado, hermosa lectora? ¿No has visto
 si no en los mapas el globo que dando vueltas habita-
 mos? Vente, pues, conmigo, que yo te ofrezco un viaje
 ameno. No te delengas á llenar tu mundo, ni saques á
 relucir tus dijes y monadas, ni cargues con molestos
 chirimbolos; tu falda color de lila basta, tu ligera tú-
 nica y tu mantilla airosa sobran para el caso. Tampoco
 te apures si se halla desprovisto tu portamonedas; no
 se trata de ocupar un wagon, ni de utilizar un coche
 de plaza desvencijado, ni de fletar un buque, ni de
 ocupar un asiento en el tranvía; además, tú ya lo sa-
 bes, las señoras no pagan nunca.

Apóyate en mi brazo; esto es más económico y más
 dulce, sobre todo para mí. Los que escribimos debe-
 mos ilustrar á quien nos lee, y sin usar para nada de
 la férula colegial, ni abrir un libro, me propongo darte
 una lección de geografía.

Ea, en marcha, pues el tiempo está lluvioso y aris-
 co, pero no importa: estiendo sobre tu cabeza mi para-
 guas; apóyate en mi brazo más, mira que te
 mojas; recoge un poco esa cola, mira que barres el piso
 con el falso. Bien, eso es, ya estamos.

¿Has visto el Vesubio? ¿Quieres verle? Coloca sobre
 mi corazón tu mano. ¿Sientes cómo arde? Pues este es
 un *volcan*; su boca es la mia, su lava mis ilusiones
 consumidas, su nieve el desengaño; vive en erupción
 perenne. ¿Quiéres apagarlo? Lloro, llora por mí.

Mira, ¿ves ese mozo con chaqueta amarilla y gorra
 de cuartel?... Ese es un *cabo*. Hijo de padres pobres y
 honrados, cometió el desacuerdo de sentar plaza, sabía
 leer y escribir; por eso le pusieron en la manga un
 cintajo colorado, él espera por supuesto ascender á
 general, y ahí tienes el *cabo de Buena Esperanza*; pero
 como difícilmente llega esta á su madurez, es también
 el *cabo Verde*, si una bala le envía al otro mundo, ha-
 brá entonces tocado el colmo de su gloria: será el *cabo
 de Finisterre*.

Ya ves si hemos viajado; hemos estado en Africa y
 en Italia, sin salir de España, lo cual nada tiene de
 particular, porque si bien se mira, de todo tenemos
 en casa.

¿Conque te gusta el viaje? Continuemos, pues

Mira otra vez. ¿Ves ese joven elegante y melancó-
 lico? No tiene amigos ni parientes; es una *isla*, porque
 vive aislado. ¿Le compadeces? No temas: ama á una

jóveu simpática, de familia acomodada, y á la cual desea unirse. Si lo logra, ya la *isla* será *península*, el amor es siempre el *istmo*.

¿Pero qué gritos son esos? Ahí dentro, en el cuartel; es un *sol-dado*, parece que le sacuden la badana, y lleva tambien puestos sus galones: ahí le tienes, el *cabo de Palos*.

Hombre, qué alegre anda aquel, voy á hablarle; sepanos la causa de su alborozo.

Ya sé; tomó un billete el otro día y le ha caído en suerte el premio gordo. ¡Mírale cuán risueño anda! ¿Sabes lo que es? Su cara te lo está diciendo: *rio*.

Allá van una porcion de jóvenes, todos alicaídos, todos son huérfanos, todos solteros: hé aquí un grupo de *islas*, esto es, un *archipiélago*.

Pero mira, mujer, no te distraigas; mira aquellos dos hombres que salen de una casa sospechosa; ambos tienen demacrado el cuerpo, pálido el rostro, vidriosa la mirada; ambos están desesperados; el primero rabia porque ha jugado al *monte*, el segundo ha perdido el lastre jugando al *golfo*.

Continuemos, si te place, nuestra lección de geografía.

Ya estamos en la puerta del *Sol*, atravesémosla. A ver, ¿qué calle es esta? Calle del *Arenal*. ¡Un arenal y tanta gente como pasa!... ¿Si serán camellos?...

—Pero estás muda, chica?

—No señor, es que me canso y tengo hambre.

—No sueltes mi brazo, vamos andando; entraremos en cualquier parte á tomar algo, sin olvidar nuestra lección. «Café de Fornos.» Ahí, ahí se come bien, entremos. Mira... ¿ves? Opíparo es el banquete, succulentos los platos, espumosos los vinos, graves gastronómicos y encopetados los comensales.

—Eso nada tiene que ver con la geografía; eso es un festín.

—Te equivocas; eso es *la mar*!

—Basta, basta; ya me fatiga esta lección.

—Sí, sí, dejémosla, no sea que tras la geografía nos abran en *canal*.

JUAN TOMÁS SALVANY.

LA MONTAÑA.

—Voy un tesoro á buscar encima de esa montaña.

—Yo me voy á fabricar en su falda una cabaña.

—¿Ves su gigante figura que toca en el cielo mismo?

—Sí: desde abajo es... la altura... desde arriba es... el abismo.

—¡Tres días he menester con una marcha incesante!

—¡Tres días! Para caer con un minuto hay bastante.

—Voy donde tan solo sube volando el águila real.

—Sí, ya se, donde la nube lanza su rayo infernal.

—(El miedo le hizo prudente,

pequeña será su vida.)

—(La ambición le hizo valiente, grande va á ser su caída.)

—¡Adios! (Si sube á la altura yo le podré proteger.)

—¡Adios! (Si llega á caer yo le daré sepultura.)

LUIS DE CHARLES.

BALADA.

—¿Quién eres?

—El eco triste

del sér que ciego enamora.

—¿Dónde tu espíritu mora?

—En fantástica region.

—¿Qué anhelas?

—Llevar al hombre

en mi dulce melodía,

cantos de amor, de agonía,

de tristura, de ilusión.

—¿Dó vas?

—Do el génio me llama.

—¿Vienes...?

—Vengo del Parnaso.

—¿Dónde diriges tu paso?

—Al hombre bajo á inspirar.

—¿Es tu sueño...?

—La hermosura.

—¿Tu placer...?

—Es la armonía.

—¿Eres pues...?

—¡La poesía

que al mundo voy á cantar!

MANUEL MELENDEZ.

CELOS.

Si, por qué he de negar que los desvelos
de mi inocente corazón de niño,
no tienen más origen que los celos
y el temor que me roben tu cariño.

Celos, sí, de la rosa purpurina
que tus blondos cabellos engalana;
celos, de la inocente golondrina
que suspende su nido en tu ventana.

Celos, del ruiseñor si te embelesa
con sus canciones en la noche oscura,
y de la brisa, si tu frente besa,
y del arroyo si á tus piés murmura.

Celos, de la tupida enredadera,
cuyas flexibles hojas de esmeralda
se ocultan en tu rubia cabellera,
enlazando á tu sien rica guirnalda.

Del cielo que en tus ojos embelleces
del amor eterno mágico abismo,
y dejo de mirarte algunas veces
porque hasta tengo celos de mí mismo!

TOMÁS DE ASENSI.

BIBLIOGRAFÍA.

Segun anunciamos en nuestro número anterior, se ha recibido hace pocos dias en la redaccion de LA MESA REVUELTA la *Disertacion histórico-arqueológica de la antigua Mirobriga*, por D. Antonio María Lopez y Ramajo, individuo de varias corporaciones científicas y literarias, españolas y extranjeras.

Pruebas da el autor en la citada obra de sus conocimientos históricos y arqueológicos sobre la moderna Ciudad-Rodrigo, conocimientos bien difíciles de alcanzar por cierto, y que prueban el profundo estudio que ha tenido que hacer de ella el Sr. Lopez y Ramajo.

No es ménos notable este libro que el que el mismo autor publicó hace algun tiempo sobre Alcalá de Henares, del que nos ocupamos en una de nuestras pasadas revistas.

En el concurso público de 1863, premió la Real Academia de la Historia una obra que, con el título de *Juicio crítico y significacion política de D. Alvaro de Luna*, habia presentado el Sr. D. Juan Rizzo y Ramirez.

Se hizo de ella una edicion de lujo en 1865, imprimiéndose en casa del Sr. Rivadeneyra; se ocupó la prensa extensamente de este magnífico libro, haciendo de él elogios merecidos, y despues pocos recordaron un trabajo tan notable y digno de las mayores alabanzas.

Treinta y tantos ejemplares ha vendido únicamente el autor desde que se publicó el *Juicio crítico*, cuando por su mérito debia haberse agotado hace muchos años la edicion; pero esta es la triste suerte de la mayor parte de los escritores que son tan modestos como ilustrados.

Pueden hacerse pedidos para esta obra en la administracion de LA MESA REVUELTA, donde se vende al precio de veinte reales.

I. JUANES DE ISLA.

ESPECTÁCULOS.

Los conciertos de el Retiro—ante muchos concurrentes—en una noche apacible—se inauguraron el viernes,—hábilmente dirigidos—por D. Rafael Aceves—en union del profesor—Sr. D. José Gimenez.—Fueron aplaudidas las—overturas siempre célebres—de *Guillermo y de Semíramis*,—entre bravos repitiéndose—dos coros á voces solas,—que notables me parecen,—y otro coro y otra pieza—que mucho mérito tienen.

Los trabajos del Hércules, Sr. Puchi, llaman extraordinariamente la atencion de los concurrentes al circo de Price, así como la pantomima *Cinderela*, presentada con lujo y propiedad. Mr. y Mad. Robinson hicieron su debut hace pocas noches; pero no habiéndolos visto todavía nada podemos decir sobre ellos. Los aficionados á estos espectáculos agradecerian al Sr. Price que prohibiese el ejercicio de los puñales de los hermanos Jonhson, que siendo de lo mejor que se ejecuta hace, por la exposicion que hay en él, que el público esté en un continuo sobresalto hasta que termina.

En la noche del sábado se inauguraron los conciertos de la Sociedad de profesores que dirige el Sr. Monasterio, en los jardines de la Alhambra.

Las piezas ejecutadas fueron buenas, como siempre, habiendo sido repetidas en medio de los más entusiasmas aplausos la overtura de *El poeta y El aldeano*, de Suppé, y la *canzonetta* del cuarteto en *mi bemol* de Mendelssohn.

¡Lástima que los conciertos no puedan ser en el Retiro! Es lo único que les falta para que el público asista á ellos con el entusiasmo de otras veces.

En el teatro de Rivas—hubo el sábado un estreno—que para autores y actores—obtuvo un dichoso éxito.—Abunda en chistes la obra,—oportunos y discretos;—es la música bonita—del señor de Caballero,—la letra de Campo Arana—y Ramos Carrion, siendo—*La Clave* un lindo juguete—de lo mejor en su género.

CHARADA.

Pudo coger mi todo cierto dia,
que encontré en un jardín que no era de ella
la inocente María
niña tan candorosa como bella.
Alguien la hubo de ver, ¡no es cosa rara!
la jóven se quedó meditando,
poniéndose despues su hermosa cara
tercera con segunda.
Entre su *tercia* y *prima* con anhelo
le ocultó; dominó sus sensaciones,
y en una choza entró, donde en el suelo
mi *primera* y *segunda* halló á montones.
Allí se reposó por un instante,
y recobrando la perdida calma,
logró se reanimase su semblante
que era un bello reflejo de su alma

(La solucion en el próximo número.)

SOLUCION Á LA FUGA DE CONSONANTES DEL NUMERO ANTERIOR.

Dicen que á tu corazon
le pasa como al aloe:
necesita muchos años
para que nazcan sus flores,

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

PALETO.

ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS

Y PREPARATORIA PARA CARRERAS ESPECIALES

dirigida por el Sr. Castaños

GRAVINA, 20.

En 1.º de Julio darán principio las clases de repaso de geometría descriptiva, cálculos y mecánica racional para los alumnos de la facultad de ciencias que hayan de examinarse en Setiembre.

Preparacion para topógrafos, telégrafos, ingenieros de caminos de minas y montes, arquitectura y aduanas etc. etc.

Preparacion completa para ingreso en ingenieros militares, estado mayor, artilleria, administracion militar, caballeria, infanteria, para primeros de Agosto.

Clases de repaso de las materias que se exijan dentro de dichas escuelas y dibujo de todas clases.

SE ADMITEN INTERNOS.

Las clases de ciencias exactas están á cargo del conocido profesor B. Alfredo Alcon.

Esta academia cuenta cuatro años de existencia y no ha tenido ni un solo reprobado en las distintas carreras de las anunciadas.

POR QUINOS, IMPRESOR.—ADADES, 10.